

# Palabras por *Encuentro*<sup>1</sup>

---

## *Uva de Aragón*

SE HAN ESCRITO INFINITAS INTERPRETACIONES DE LA REALIDAD CUBANA DE las últimas cuatro décadas y al final se me ocurre algo muy simple: es la historia de un gran desencuentro. Algunos nos fuimos *casiniños*, sin haber jamás bailado bajo las estrellas de Tropicana, escuchado la voz de Lezama Lima, y quién sabe, a lo mejor tampoco su nombre. Nos fuimos sin haber ido a Trinidad o a Santiago de Cuba ni en coche de aguas negras ni en máquina particular ni siquiera en Ómnibus La Cubana. Nos tuvimos que ir sin que a ninguno nos hubiera dado tiempo de haber visto nuestro nombre en letra de imprenta sobre la carátula del libro que desde aún más niños soñábamos con publicar.

De pronto nos encontramos rodeados de inglés y nieves por todas partes, sin maestros que guiaran nuestras lecturas, sin amigos a quienes leerles un poema, sin una publicación que recogiera nuestras inquietudes. Nos dispersamos por los cuatro puntos cardinales del mapamundi. Los aspirantes a escritores sufrimos un doble exilio. El médico puede llevarse consigo el maletín, el pintor su pincel, el músico su guitarra, pero ¿cómo llena la cuartilla en blanco el escritor a quien lo arrancan de su lenguaje y de su cultura cuando apenas ha empezado a pergeñar sus primeros textos?

Los de allá tuvieron ventajas. La Revolución —por razones que no viene al caso discutir ahora— dio impulso a la cultura. Hubo revistas, concursos, editoriales. La Habana se convirtió en punto de reunión de importantes intelectuales. Todos iban a la capital cubana mientras nosotros tomábamos el vuelo en dirección opuesta, y de una vía (aunque había que comprar el boleto de regreso, que aún muchos guardamos), hacia el destierro, es decir, hacia el destiempo, el desencuentro. Sí, nos echaron del paraíso, y llegamos al sitio de nadie sin haber escrito jamás nuestras iniciales en la tierra. Tuvimos desde entonces que asirnos a magias e invenciones, llevar el trópico prendido a la retina y escribir versos de exilio, poemas invisibles. Habíamos quedado en la otra orilla, fuera del jugo, con las raíces al aire.

Los de allá tarde o temprano se sintieron también desubicados. Sufrieron el desencuentro entre el estado y la libertad creadora. Entre el rifle y el poema. Entre la consigna y el verso. Entre el «hombre nuevo» (o la mujer)

---

<sup>1</sup> Presentación de *Encuentro* en el Centro Cultural Español en Miami, el 23 de marzo del 2000.

que querían que fuera, y el de verdad. Entre la piel y la máscara. Más y más se fueron yendo. También estos 41 años han sido un continuo decir adiós. Un desencuentro perpetuo.

Un íntimo amigo de Jesús Díaz, personaje de una de sus novelas, Luis Rogelio Nogueras, Wichy, el Rojo, a quienes muchos consideran el escritor más brillante de su generación, era mi primo. Nacimos el mismo año y nunca llegamos a conocernos. Murió joven, de un cáncer fulminante. No logró ver lo que hoy vivimos, este recorrer el camino a la inversa, desandar las ausencias para coincidir al fin en la gran patria del escritor, la página impresa.

Eso es la *Revista Encuentro*: un lugar físico, una revista en que se dan la mano, se leen, se palpan, se huelen, se reconocen, generaciones de creadores que han sido víctimas de este largo y cruel desencuentro. Sus páginas buscan tender una red a través de los géneros literarios, los mares, las edades, las ideologías para ofrecernos a todos un espacio donde decir, meditar, soñar, recordar, idear. Nos ayuda a rescatar la memoria histórica; nos insta a forjar un proyecto de nación futura.

Siempre he creído injusta la división de la literatura cubana según el lugar geográfico de creación. El gobierno cubano quiso echarle la llave a la isla y dejar fuera del patrimonio cultural a los que no se mantuvieron en el espacio cerrado de la Revolución. No hubo agente de seguridad que se diera cuenta que nos llevábamos la Patria dentro. Las señales de la tribu son tan poderosas que al final, de Madrid a Estocolmo, de Nueva York a Ciudad Mexico, de Miami a Moscú nuestros caminos se cruzan y nos reconocemos. La red de los exiliados comenzó antes que las de las computadoras, pero crece en esta década con su ayuda. El espejo ya no devuelve una luna fría. Ahora el otro está frente a mí y su reflejo me convierte en un ser real, no en un exiliado fantasma que deambula por caminos ajenos sin que nadie lo vea. Un mismo mar baña las dos orillas de nuestra tragedia nacional. La marea va bajando y ya podemos, sobre las olas, mirarnos cara a cara los que llegamos a desconocernos de tal forma que ni siquiera sabíamos que nos desconocíamos.

Es bueno que así sea. La revolución francesa no estalló el 14 de julio de 1789 con la Toma de la Bastilla, sino mucho antes, cuando Voltaire, Diderot, Montesquieu, Rousseau emborronaban sus cuartillas. No fueron las bayonetas sino las ideas las que derrumbaron el absolutismo monárquico de Luis XVI. Los ejemplos son múltiples. La historia —cada vez estoy más convencida— la conforman los pensadores mucho más de los tiratiros y ponebombas por más que a veces parezca lo contrario.

Como un rompecabezas, hay que reconstruir los jirones de historia de Cuba regados por el mundo. A ello contribuye *Encuentro*, un proyecto, claro está, inconcluso, imperfecto, pero con sana voluntad de incluir, de reunir, de abrazar, de abrir espacios, de quitarle el candado a la Patria. No es mérito menor.

En los quince números que hasta ahora se han publicado se rinde homenaje, entre otros, a Gastón Baquero, Eliseo Diego, Tomás Gutiérrez Alea y José Triana. Nos encontramos por igual con la firma de Raúl Rivero y José Prats Sariol desde La Habana, que con la de Rafael Rojas desde México o la

de Enrique Patterson desde Miami. El número 15, hoy a disposición de ustedes, recoge las ponencias del simposio en Nueva York de diciembre de 1999 y ofrece un amplio panorama de la presencia de los cubanos en Estados Unidos a través de dos siglos.

Algo más quiero decir de *Encuentro* antes de terminar. Es una revista seria. Quizás algunos piensen que demasiado. No importa. Si de algo hemos pecado los cubanos es de exceso de improvisación, choteo, humor corrosivo, esfuerzos que se quedan a medio camino. No viene nada mal una dosis de meditaciones serenas, sin vocación nihilista ni desenfrenadas euforias. Quizás empecemos al fin a hallar ese justo medio aristotélico que hasta el presente nos eludía. El diseño impecable de *Encuentro* es también testimonio de la profesionalidad de sus editores.

Hay proyectos que mueren porque nacen a destiempo. *Encuentro* prospera porque ha surgido en un momento en que los encuentros se están dando a todos los niveles. La revista es, en cierta forma, una metáfora del proceso de reconciliación que ya se perfila entre los cubanos, aunque a veces los altos decibeles de algunos de nuestros compatriotas en ambas orillas —siempre habrá algún triste tigre— no nos dejen escuchar las voces menos agresivas de los que han aprendido finalmente la lección martiana de sinceridad y rosa blanca.

Me duele no haber conocido nunca a mi primo escritor. Me consuela pensar que Wichy vivió por mí esa parte de mi vida que me robaron. Jesús fue su amigo entrañable y me cuenta ahora anécdotas suyas. Me reconstruye mi propia historia de familia. Son pequeñas, íntimas victorias sobre la distancia y el olvido. El ejercicio no será inútil. Sin este conocimiento previo, sin este diálogo, sin esta recuperación de la historia, sin esta tribuna abierta, no estaremos jamás preparados para convivir juntos en la isla que nos desunió ayer tanto como hoy nos une. Y de eso se trata, de ensayar para el gran encuentro verdadero, el que nos espera en la isla a todos los cubanos.

Sí, el día llegará en que veremos la luz del amanecer en el trópico y recuperaremos las palabras perdidas. Quién sabe, quizás si hasta lograremos colocar al caimán ante el espejo y comprobaremos que se ha vuelto lampiño, en una Cuba donde nunca más los niños se despidan.

Felicidades, *Revista Encuentro*, por estos quince. Hoy tienes tu baile de debutante en Miami, la segunda ciudad de Cuba. La Habana, esa fiesta innumerable, donde ya circulas clandestinamente, te (nos) acogerá algún día no muy lejano. Vivimos, bien lo sé, la era de la realidad virtual, pero nada sustituye pararse en un lugar cualquiera de la isla y sentir en las entrañas, en cada poro de la piel, en cada rincón del alma, el reencuentro con la tierra, con la raíz, con el sabor de mar y las lágrimas en los labios, bajo la sombra protectora de esos árboles cuyas hojas, como las páginas de esta revista, cobijan el sueño inalcanzado pero imperecedero de una Cuba mejor.